



Los cuatro cantadores chilenos son para mí, antes que <sup>cosa alguna,</sup> los que han salvado nuestros aires rurales que se perdían e iban a desaparecer. Gracias a la empujadora oriolla, las tonadas y las cuecas, volaban ya desmoronadamente por ciudad y campos de Chile. Nuestras canciones retrocedían hacia las quebradas de la Cordillera, aventadas por el descastamiento, como pobres vergonzantes o como deshechos. Toda la América Española caía de bruces en el jazz, en las canciones francesas y la italiana. Las bocas oriollas se reglaban a lo afuerino con un verdadero furor. Entonces México, Cuba y la Argentina, en una sola pechada de casticismo, lanzaron su folklore como un réplica ~~antidoto~~.

El fervor de lo nuestro estaba sólo adormecido, como la cuebra enrollada, pero bien viva. Nuestro folklore se despertó, se acudió y se echó en la liza, a competir con toda la forastería...

Pero no bastaba que se volviese a cantar la tonada en las casas o en los bautizos y casamientos. Necesitábamos maestros de guitarra y gongales cantadores. La música estraña se pavoneaba en los teatros como duena y señora, y al teatro mismo había que llevar la vieja guitarra de Martín Florro y del Viejo Panchito, como el instrumento de batalla, a fin de que ella entrase de nuevo por los ojos, y fuese reprendida por los ingratos.

La guitarra andaluza y aragonesa había pasado a desmerecer, cayendo verticalmente "de clase" entre los instrumentos musicales, sin más razón que ésta: la muy hermosa era legitimamente oriolla y además barata... Y en el suyo de la curulería, ambas cosas cabían a plebeyez. Pero no hay plebeyez como la de andar a de alba adentro y de cuerpo afuera, vestido de costumbre extranjera y danzar y vivir bajo la vez del uno o de los dos momentos. La mayor plebeyez se llama plágio y carencia de célula propia; los que no saben esto están ayunos de un saber tan elemental como el de coquer o coceir.

Había que revalidar la guitarra, cosa que ya hacía en Europa y Estados Unidos el Maestro Andrés Bogaevia, ante los públicos cosmopolitanos. En todas las viejas casas ricas y pobres de Chile, la segunda estaba arrumbada en un rincón, cocida de gorgojos o rubia de telarañas...

Este fué el momento de los Cuatro Mujeres, voces por entonces de veinte años, "cuatro garridos garzones", como diría el romance. No venían del campo, pero llevaban el sedimento de los ritmos raciales. Para volver a lo rural y entrar en el torrente de la costa, tal vez no se necesite más que darse en el pecho y las muñecas el toque de aquella docena de ritmos que duran allí, esperando ser llamadas para ponerse nuevamente a hervir.

Los cuatro voces <sup>llegaron</sup> a la gran persecución del folklore sedido huído por aldeas y serranías. Harte los ~~hacer~~ <sup>hacer</sup> ~~costa~~ <sup>retocar</sup> el cuerpo desgrenado de la vieja canción chilena; mucho han debido buscar y en lo hallado, mucho tendrían que extirgar; habían ~~algunas~~ en bastantes piezas el desgarrón de los giros intrusos; y en otros la adulteración lisa y llana.

En todo caso, la aventura era maravillosa y la batalla fué ganada por los cuatro voces de la fortuna. Gracias a ellas Chile luce hoy una plana de música popular que vale por la de Colombia o el Perú y que nos ~~acombra~~ <sup>acombra</sup> a nosotros mismos que ni siquiera nos sabemos ricos de esa clase de riqueza. Habíamos dejado de cantar las piezas entrañables; cantábamos - ¡qué barbaridad! - con unas entrañas compradas, como si la viscera racial fuese cosa de tomar y dejar...

Muchas veces he seguido de lejos a nuestros cantadores, sin saberles las caras, guiándoles el agrio tráfico y aplaudiéndoles como auditor invisible en las platapas de ~~los~~ teatros. También aquella era año por ser chileno y de la calidad rural, que tal vez sea la única que llevo.

Pero yo tuve que robar muchas tierras para encontrárcelos <sup>a ellos</sup>; el hallazgo ha sido aquí, en el Río de Janeiro a la vez cosmopolita y castizo, que es, con México, lo más racial del Continente.

Aquí, pues, vine a recobrar al grupo mío, arreante como yo y como yo en cruzada humilde para la restitución de lo que renegó la América Indo-Española. ESTAMPA RURAL-El grupo apareció en su vestimenta genuinamente sin que cayese en lo grotesco, que es el gran riesgo del folklorismo artificial. Los grandes sobreros claros, de copas redondas y duras no asustan, desde que los públicos se familiarizaron con el mexicano, mayor y más exótico en la copa triangular. La manta pequeña, ésta sí, desconcierta un poco, tal vez por el contraste con aquella prenda grandota. Los colores son muy nuestros; no han copiado ni los serapes atecas ni la vieja manta de vicuña argentina (que está en mis ojos de la infancia). El verde y el azul frecuentan más que el rojo el gusto del cantor-jinete. Después del sobrero ancho y viril, el cuerpo pedía un resaca igualmente garboso y lo dan las botas gauchescas, prietas de las ruinas. La supresión de la espuela está muy bien: nada tienen que hacer las sonadoras en un enterizado...

La ~~traza~~ <sup>traza</sup> ~~inducción~~ <sup>inducción</sup> del campo chileno no se nos da, en telón ni cosa parecida; más para el auditor chileno, el campo viene solo, llega a la primera tonada, llena el fondo y palpita a los costados del grupo.

# **La música americana de los cuatro huasos [manuscrito]**

## **Gabriela Mistral.**

Libros y documentos

### **AUTORÍA**

Mistral, Gabriela, 1889-1957

### **FORMATO**

Manuscrito

### **DATOS DE PUBLICACIÓN**

La música americana de los cuatro huasos [manuscrito] Gabriela Mistral. [7] h. ; 33 cm.

### **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

### **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

### **UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile